CERVANTES Y LOPE DE VEGA
(Un caso de enemistad literaria)

DECÍA Cervantes en los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, lib. IV cap. III: "No hay amistades, parentescos, calidades, ni grandezas que se opongan al rigor de la envidia". Y Lope de Vega en *La viuda valenciana*, acto I, esc. IV: "La envidia astuta tiene lengua y ojos largos".

Uno y otro, pues, han hablado de la envidia y han sufrido de ella. Pero es curioso constatar que entre los dos ha habido también una enemistad que degenera en envidia.

Lope de Vega, 15 años más joven que Cervantes, pero mucho más feliz y triunfante en su carrera literaria, toma desde el inicio una posición negativa respecto a su cofrade de pluma y no omite la ocasión de atacarle. Por supuesto, el atacado se defiende, y así tenemos en aquel tiempo el extraño espectáculo de una tensión entre dos de los más brillantes ingenios de la época. Procuremos ver cómo surge, se desarrolla y cómo acaba esta desavenencia.

¿Quién es Lope de Vega y por qué se declara tan ásperamente contra Cervantes?

Sabemos todos que Lope es uno de los mayores escritores de los siglos XVI y XVII y que su nombre había sido durante su vida muy conocido y querido por toda España; sus obras deleitaban los oídos y alegraban los corazones de todos los españoles. Y algo más: había cobrado fama en muchos países extranjeros, y junto con el renombre de España, se extendía también su propia fama por el mundo. Muy favorecido por la naturaleza, había manifestado sus facultades desde su juventud, ensayándose y logrando éxitos en todos los géneros conocidos hasta entonces (poemas épicos, pastorales, novelas de aventuras, poemas narrativos, numerosísimas églogas, cartas, ensayos históricos, cuentos, muchos sonetos, parodias y versos escritos en varias ocasiones) y particularmente en sus comedias que habían hecho de él el ídolo del pueblo español y difundido a lo largo y a lo ancho de toda España su nombre. Era Lope de Vega el que daba entonces el tono de la boga literaria y mundana también. Las damas llevaban adornos y flores a la Lope. Fue denominado "El Fénix de los ingenios españoles" por la excelencia de su espíritu.

Y sin embargo, Lope era un hombre en todo contradictorio: de una parte

"fervoroso creyente" y de otra "gran pecador", como define lo paradójico en su naturaleza Menéndez y Pelayo. Otro rasgo de su carácter es la extrema sensibilidad que se manifiesta en sus relaciones con parientes y cuantes gentes trataba; lo subraya él mismo: "Yo nací en dos extremos que son amar y aborrecer, no he tenido medio jamás".

Por otra parte, Cervantes, con menor renombre que Lope y con muy mala suerte, era también conocido por su *Galatea* (1585) y especialmente por su *Quijote*, que había tenido varias ediciones en el primer año de su publicación (1605).

No se sabe bien cuándo comenzó la enemistad entre los dos ingenios. Sainz de Robles, en su estudio preliminar a las obras escogidas de Lope de Vega, *fecha esta enemistad pocos años después de 1602, "cuando aún eran* amigos, por cuanto en *La hermosura de Angélica* se incluye un soneto del alcalaíno".[1]

Cervantes y Lope de Vega habían sido amigos desde 1583, cuando se conocieron en casa del cómico Jerónimo Velázquez, calle de Lavapiés en Madrid, que Lope frecuentaba asiduamente, como enamorado de la hija de éste, Elena Osorio, y donde Cervantes acudía con la secreta esperanza de que Velázquez le pusiera en escena alguna comedia. Se conocieron y estimaron. Ya en la *Galatea* (libro VI, *Canto de Calíope*) Cervantes saludaba su joven talento.

Lope, a su vez, alaba a Cervantes en su *Arcadia* (1598).

Y he aquí que la publicación de *El peregrino en su patria* (1604) provocó la indignación de Cervantes. ¡Y había por qué! La portada de este libro, nos dice Sainz de Robles[2], llevaba un grabado historiado con el escudo de las diecinueve torres, de Bernardo del Carpio, con una estatua de la Envidia, y una leyenda en latín: *Quieras o no quieras, Envidia, Lope es o único o muy raro;* había también un retrato del jactancioso Lope y un soneto de Quevedo:

> La envidia su verdugo y su tormento
> hace del nombre que cantando cobras,
> y con tu gloria su martirio crece...

Cervantes conocía la ambición de Lope, su sed de gloria, pero tanta pre-

[1] L. F. de Vega Carpio, *Obras escogidas*, 3 tomos, con un estudio preliminar, biografía, notas y apéndices de Federico Carlos Sainz de Robles. Madrid, Aguilar, tomo I, 1958, p. 154.

[2] *Idem. ibidem.*

sunción y arrogancia no la pudo sufrir. Y le dirigió este soneto:

Hermano Lope, bórrame el sone—
de versos de Ariosto y Garcila—,
y la Biblia no tomes en la ma—,
pues nunca de la Biblia dices le—.
También me borrarás *La Dragonte*—
y un librillo que llaman del *Arca*—
con todo el *Comediaje* y *Epita*—,
y, por ser mora, quemarás la *Angé*—,
Sabe Dios mi intención con *San Isi*—;
mas quiérolo dejar por lo devo—.
Bórrame en su lugar *El peregri*—.
Y en cuatro leguas no me digas co—;
que supuesto que escribes boberí—,
las vendrán a entender cuatro nacio—.
Ni acabes de escribir *La Jerusa*—;
bástale a la cuitada su traba—.

En este soneto, como se ve, Cervantes atacaba muy violentamente toda la obra no dramática de Lope. Éste quedó atónito. ¡No podía creer a sus ojos!

Tenía Lope muchos amigos, pero aun más enemigos y envidiosos. Eran éstos de tres categorías. La primera era la de *los seguidores de Aristóteles* que no podían perdonar a Lope su desdén hacia los preceptos aristotélicos y su afición a un arte popular; en la segunda entraban *los gongoristas* que le atacaban con sus sátiras por sus poesías líricas y épicas, y, por fin, *los dolorosos de la gloria*, como les llama Sainz de Robles. Aquí cabría también Cervantes.

Pero, vamos a ver. Ya antes de la aparición del *Quijote* (cuyo privilegio es del 26 de septiembre de 1604) la obra se conoció probablemente manuscrita en los medios de la Corte, y Lope debió de tener conocimiento de ella, y (aquí estalla su odio contra Cervantes) en una carta (fechada el 14 de agosto de 1604) a un médico, amigo suyo, escribe: "De poetas, muchos están en ciernes para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a *Don Quijote*". ¡Injusta e implacable apreciación! Y no nos extrañamos entonces cuando leemos el soneto de Cervantes.

Lope que no temía a Cervantes, porque se sentía superior a él, muy vejado, se ofusca completamente, y le envía, desde Toledo, una carta donde se ve que el Fénix ha perdido todo control interior:

Yo que no sé de los, de li ni le—
ni sé si eres, Cervantes, co ni cu—;

sólo digo que es Lope Apolo y tú
frisón de su carroza y puerco en pie.
Para que no escribieses, orden fue
del Cielo que mancases en Corfú;
hablaste, buey, pero dijiste mu.
¡Oh, mala quijotada que te dé!
¡Honra a Lope, potrilla, o guay de ti!,
que es sol, y si se enoja, lloverá;
y ese tu *Don Quijote* baladí
de culo en culo por el mundo va
vendiendo especias y azafrán romí,
y, al fin, en muladares parará.

Lope no ahorra los epítetos más vulgares: *puerco*, *buey*, *potrilla*, *baladí*, *culo*, *muladar*. ¡Es una barbaridad!

Y, claro, Cervantes, sintiéndose ofendido, toma su venganza, pero en un tono mucho más digno y correcto. Así, en el Prólogo de *Don Quijote*, hablando de la hesitación en que se halla, para sacar a luz su libro, dice a su amigo, haciendo alusión a Lope, que se siente confuso de salir con una leyenda, falta de erudición, sin acotaciones como "están otros libros, *tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos*..." (subrayo yo). Evidentemente, Cervantes alude aquí a Lope: en *El peregrino en su patria* Lope a cada paso aduce los nombres de varios escritores y filósofos: Boecio, Terencio, Platón, Demóstenes, etc. Luego, cuando (en el mismo lugar) dice que su libro "ha de carecer de sonetos al principio, a lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos", no dudamos de que alude aún a Lope, para cuyas obras fueron compuestos sonetos por destacadas personalidades, pero la mayor parte de los cuales fueron escritos por el mismo Lope y después atribuidos a tal o cual gran escritor, dama noble, etc. Hoy día se sabe, por ejemplo, que los sonetos insertos en aquellos libros a nombre de Camila Lucinda (léase: Micaela de Luján, la amada de Lope) fueron compuestos por Lope mismo, puesto que aquella amiga suya no sabía firmar siquiera.

Otra alusión a Lope (siempre en el Prólogo): "...porque todo él [el libro del *Quijote*] es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón". Nota Clemencín (el erudito comentarista del *Quijote*): "Otro indicio de que la intención de Cervantes era realmente tildar a Lope de Vega, porque Aristóteles, San Basilio y Marco Tulio son tres de los autores que se citan en el catálogo de ellos que está al fin del *Isidro* de Lope, publicado en Madrid, en 1599".

En cuanto a la costumbre de citar a numerosos autores, el amigo intro-

ducido en el Prólogo, dice al autor: "El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos desde la A hasta la Z, como vos decís". Para explicar este pensamiento, Clemencín recuerda que en su libro *El peregrino en su patria* Lope de Vega había puesto una tabla por orden alfabético de los autores citados en su obra, que llegan a 155, y en el *Isidro* otra de 267. Esta fastidiosa muestra de erudición, según Clemencín, se encontraba en otros libros de aquel siglo y aun del siguiente.

Si continuamos ahora con las poesías laudatorias del *Quijote*, hallaremos allí también piedras echadas en el jardín de Lope. En la primera poesía —*De Urganda la desconocida*— leemos:

> No indiscretos hierogli—
> Estampes en el escu—;

Esto se refiere a la vanidad de Lope, el cual en *La hermosura de Angélica, con otras diversas Rimas*... Madrid, 1602 hizo estampar su escudo de armas con 19 torres. "Llama Cervantes *indiscretos* a estos jeroglíficos del escudo que ostentaba Lope, dice F. Rodríguez Marín[3], porque al par que los lucía orgullosamente, estaba casado con doña Juana de Guardo, hija de Antonio de Guardo, un carnicero rico que solía tener a su cargo el abasto de las carnicerías y tablas francas de la Corte, por lo cual la presunción del blasonado yerno dio lugar a que Góngora jugara de los vocablos *torres* y *torreznos* en aquel tan lindo como desenfadado soneto que empieza:

> Por tu vida, Lopillo, que me borres
> Las diez y nueve torres de tu escudo;
> Pues aunque tienes mucho viento, dudo
> Que tengas viento para tantas torres.

A decir verdad, las discrepancias entre ambos escritores conciernen esencialmente a su carácter, temperamento y concepto de la vida: son dos naturas completamente diferentes, como son diferentes sus talentos y genios, sus concepciones y las vicisitudes de su fortuna; Cervantes ha tomado parte en la famosa batalla de Lepanto, donde perdió el uso de su brazo izquierdo; Lope se instala en la fastuosa, pero inútil Armada, derrotada por Inglaterra.

---

[3] Francisco Rodríguez Marín, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra. Nueva edición crítica con el comento refundido y mejorado y más de mil notas nuevas dispuestas por..., 10 tomos. Madrid, MCMXLVII, tomo I, p. 4, n. 1.

Cervantes quería que España se incorporase a la cultura de los países europeos y se opusiese a las pasiones sociales; Lope adhiere a la política oficial y escribe la *Dragontea* contra Francis Drake; él piensa que las torturas de los indios son algo legítimo, insigne, cristiano y preside sosegadamente un auto de fe de herejes. Cervantes propende al perdón y cree en la bondad y en la libertad de conciencia.

En el dominio literario los dos adoptan dos puntos de vista completamente opuestos. Lope busca y alcanza el éxito, se constituye su esclavo; hombre perspicaz y solerte, comprende inmediatamente que al público no le gustan las austeras piezas clásicas, y muy diestramente se declara en pro de la libertad, la imaginación y los melindres a lo Góngora. Él asienta una nueva moda teatral en el así llamado *Arte nuevo de hacer comedias deste tiempo* (1609); según él, los clásicos se hacen estériles, porque reprimen el movimiento y el empuje popular. Cervantes, cuyo libre espíritu no podía tampoco encerrarse en el marco de una tradición, rehusa sin embargo seguir ciegamente la moda; él pide que el arte sea libre, fuerte y limpio; según su opinión, él no será escolástico y no se someterá a las estrechas fórmulas clásicas, pero, por otra parte, no debe ceder ante los antojos de los modernos arregladores de comedias. "Sencillamente –observa un crítico– este gran hombre buscaba las condiciones para la realización de la belleza y para el avance de la literatura, haciendo de esto cuestión de grandeza nacional".

En este sentido el capítulo XLVIII de la I parte del *Quijote* es muy característico; en él Cervantes expone su credo dramático; es un brillante capítulo, escrito honesta y francamente. Es curioso constatar que mientras en el capítulo XLVII el Canónigo hablaba de los libros de caballerías, en el XLVIII se detiene muy largamente sobre las comedias (que en la trama de la novela no deben ocupar tanto espacio). Clemencín sospechaba que Cervantes había escrito este capítulo con la intención de satirizar las comedias de Lope de Vega. No podríamos afirmarlo con seguridad. Lo cierto es que muchas son las alusiones al Fénix, a quien Cervantes censura a menudo. Cervantes habla del gusto popular que influye en el modo de escribirse las comedias, de la no observancia de las unidades, etc. Pero, junto a los reproches, Cervantes dirige algunos elogios, no exentos de reserva.

Escuchemos algunos de sus razonamientos: "...éstas [comedias] que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y, con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las representan, dicen que así han de ser,

porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera". ¿A quién la culpa? Cervantes contesta: "Así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquéllos que no saben representar otra cosa".

Y, hablando más adelante de las cualidades que deben poseer las buenas comedias (y que no poseen las que "de ordinario ahora se representan"), nuestro autor añade: "Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide".

Refiriéndose siempre a Lope de Vega (pero sin nombrarle explícitamente), Cervantes alaba y censura, a un mismo tiempo, a su adversario con estas palabras que siguen inmediatamente al pasaje anterior: "Y que esto sea verdad, véase por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias y finalmente tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tienen lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren".

Aquí la alusión y el reproche están echados directamente a la cara de Lope. Tratándose del ilustre Lope de Vega, quiere decir Cervantes, él tiene la obligación de elevar el teatro y no rebajarlo al gusto del vulgo.

"Yo escribo por dinero", respondía Lope; y fuertemente enojado de esta crítica de Cervantes (el capítulo XLVIII se ha de leer integralmente), Lope, inducido por sus partidarios lisonjeros, escribe su *Arte nuevo de hacer comedias* (1609). Él dice haber conocido, siendo muchacho de diez años, y haber escrito comedias según las reglas,

> ...mas luego que salir por otra parte
> veo los monstruos de apariencias llenos,
> adonde acude el vulgo y las mujeres,
> que este triste ejercicio canonizan,
> a aquel hábito bárbaro me vuelvo.

Y, antes, había afirmado, contestando a Cervantes, que exigía que las piezas se escribiesen según las reglas:

> que quien con arte ahora las escribe,
> muere sin fama y galardón...

Viene la conclusión (versos bien conocidos):

> y cuando he de escribir una comedia,
> encierro los preceptos con seis llaves;
> saco a Terencio y Plauto de mi estudio,
> para que no me den voces; que suele
> dar gritos la verdad en libros mudos;
> y escribo por el arte que inventaron
> los que el vulgar aplauso pretendieron;
> porque, como las paga el vulgo, es justo
> hablarle en necio para darle gusto.

Aquí está la clave del teatro lopesco; Lope quiere agradar, caer en gracia. Y así, como dice él mismo, las 483 comedias escritas hasta entonces por el bárbaro Lope, han tenido éxito, porque "pecaron contra el arte gravemente".

He aquí otra alusión más a Lope de Vega, en cuanto a la inconsecuencia de los varios sucesos en la comedia. En *Pedro de Urdemalas*, al fin de la comedia, cuando se anuncia la representación de otra comedia, Cervantes no omite atacar a Lope:

> .....
> y verán que no acaba en casamiento,
> cosa común y vista cien mil veces,
> ni que parió la dama esta jornada,
> y en otra tiene el niño ya sus barbas,
> y es valiente y feroz, y mata y hiende,
> y venga de sus padres cierta injuria,
> y al fin viene a ser rey de un cierto reino
> que no hay cosmografía que le muestre.
> De estas impertinencias y otras tales
> ofreció la comedia libre y suelta,
> pues llena de artificio, industria y galas,
> se cela del gran Pedro de Urdemalas.

Pero, debemos ser justos: hay también muchas contradicciones en lo que dice Cervantes en el capítulo XLVIII del *Quijote* contra Lope, porque en las comedias que compuso, incurrió en las mismas faltas que reprochaba a su adversario. Indudablemente, Cervantes conocía bien las reglas del arte clásico, pero no las observaba en sus dramas: introdujo figuras morales y personajes alegóricos; aunque reprobó milagros y apariencias, los puso en sus comedias. En su *Numancia* figuran la Guerra, la Enfermedad, el río Duero. En *El rufián dichoso* la acción comienza a Sevilla y acaba en Méjico.

Cervantes no parece haber conservado hasta el fin sus conceptos del tea-

tro, en cuanto a las unidades y otras particularidades, pues en la II jornada del drama *El rufián dichoso* (1615) reconoce los cambios en la comedia. Aparecen las dos figuras Curiosidad y Comedia. La primera viendo a la segunda tan cambiada, le pide informaciones y Comedia responde:

Los tiempos mudan las cosas
y perfeccionan las artes,
y añadir a lo inventado
no es dificultad notable.
Buena fui pasados tiempos,
y en éstos si los mirares,
no soy mala, aunque desdigo
de aquellos preceptos graves
que me dieron y dejaron
en sus obras admirables
Séneca, Terencio y Plauto,
y otros griegos que tú sabes.
He dejado parte de ellos,
y he también guardado parte,
porque lo quiere así el uso,
que no se sujeta al arte.
Ya represento mil cosas,
no en relación, como de antes,
sino en hecho, y así, es fuerza
que haya de mudar lugares;...

Lope procura de todas las maneras posibles perjudicar y dañar a Cervantes ante varias Academias, ante el mismo público teatral. Y cuando Cervantes presenta alguna de sus comedias, los actores, los poderosos actores la rechazan desdeñosamente, y hasta le quitan su entrada libre en el teatro. El día en que Cervantes publica sus comedias con un prólogo, donde hace a sus lectores árbitros entre él y sus rivales, Avellaneda (el autor del *Quijote* contrahecho y amigo de Lope), escribe una imitación burlona de aquel prólogo, y no nos extrañaremos mucho leyendo este consejo de Sancho a su amo: "que nunca se tome con farsantes que es gente favorecida" (*Don Quijote*, II parte, cap. XI).

La enemistad entre Lope y Cervantes duró hasta la muerte de este último. Lope atenúa su posición en 1631, cuando en su poema *El laurel de Apolo* le reconoce como poeta.

No podemos dejar de subrayar que, en estas relaciones tensas entre ambos, el papel generoso y reconciliador pertenece a Cervantes, que es objetivo, alaba, llegado el caso, a Lope, reconoce su talento. En el prólogo de sus *Ocho comedias y ocho entremeses* (1615), Cervantes hace un elogio sincero de su adversario: "...*y entró luego el monstruo de naturaleza, el gran*

Lope de Vega y alzóse con la monarquía cómica. Avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas...". (subrayo yo). Y, aunque Cervantes no vio jamás en su vida representar siquiera una de sus ocho comedias, hace la constatación (quizá con cierta melancolía) de que Lope ha visto representar (u oído decir por lo menos) todas sus comedias.

Al revés, el encarnizamiento, la saña, las expresiones crudas, la intransigencia corren de parte de Lope.

Y, sin embargo, aun antes de 1631, inmediatamente después de la muerte de Cervantes, Lope de Vega reconoce en cierto modo tácitamente a su adversario, tomando de él el argumento de muchas comedias. En esta circunstancia varios historiadores de la literatura han querido ver la confirmación de su opinión de que el mismo Lope debía de pensar que la combinación del hondo pensamiento cervantino con el genio dramático de Lope de Vega hubiera hecho perfecto el teatro español.

Y nada más que dos palabras, para subrayar, como otros lo hicieron antes de nosotros, que si Lope de Vega es el escritor más típicamente español y el pintor más característico de la vida y costumbres españoles, Cervantes es además el español más universal por los rasgos hondamente humanos de sus obras que hacen de él, lo mismo que Homero y Shakespeare, un hombre de todos los tiempos y de todos los países.

TOMÁS S. TÓMOV

Universidad de Sofia